

A photograph of a simple wooden chair with a curved back and spindle legs. A small, brown teddy bear is sitting on the seat of the chair. The chair is positioned in a room with light-colored, textured walls and a wooden plank floor. In the background, there is a large window with several panes, through which bright light is streaming, creating a soft glow in the room.

Radka Denemarková

El dinero de Hitler

Traducción del checo de Elena Buixaderas López

RADKA DENEMARKOVÁ

El dinero de Hitler

Traducción de
Elena Buixaderas

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una subvención
del Ministerio de Cultura de la República Checa.

Título de la edición original: *Peníze od Hitlera*
Traducción del checo: Elena Buixaderas López

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: septiembre de 2015
Primera edición en este formato: junio de 2026

© Radka Denemarková, 2006
© Host — vydavateľství, s.r.o., 2006
© de la traducción: Elena Buixaderas, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 11144-2026
ISBN: 979-13-88236-10-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos
de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Dedico este libro a
Jan Denemark Jr, que no teme mirar al sol,
y a Vladimir Volf, que no temía mirar al sol.*

¿Acaso no mantenemos más o menos esta relación con todos nuestros personajes: esto soy yo, y que Dios me perdone?

GRAHAM GREENE

El hombre piensa, Dios se ríe.

Proverbio judío

Ningún parecido es casual.

Todas estas historias ocurrieron. Sigo sin saber por qué.

Prólogo

Denis agarra en su mano una pala verde puntiaguda y la hunde en la blanda tierra rojiza, que está húmeda, empapada de lluvia tras el aguacero nocturno.

Denis trabaja con la lengua colgando sobre una blanca hilera de dientes con dos mellas. Hunde la pequeña pala cada vez más hondo; primero voltea la herramienta y luego deja el montón de tierra en una montañita junto a su rodilla derecha. Con unos sonoros golpes aplasta el túmulo emergente. Le gusta ese material untoso. Después deja la pala en el suelo y hace un agujero introduciendo el dedo índice en su creación hasta la segunda falange. El barro se le adhiere al dedo con un frío agradable, pero también se le mete debajo de la uña, presiona, se abre paso entre uña y carne, la tierra se defiende de ese intruso molesto. Hundir más el dedo convertiría el placer en dolor, así que Denis saca el dedo. Observa con curiosidad cómo ha quedado deformado por la tierra que se le ha pegado, lo mira desde todos los ángulos, se lo acerca a la cara. Se dibuja rayas en ambas mejillas, en medio de la frente, bajo el cuello, de lado a lado de la garganta.

Es un indio al acecho, preparado para guerrear.

La mano sucia vuelve a agarrar el desgastado mango verde y comienza a desgajar y cortar lonchas de barro, de tierra apelmazada por las raíces de las hierbas. Al cabo de unos minutos la pala se dobla al topar con un obstáculo duro y resistente. Denis deja de presionar y, suave pero febrilmente, divide en láminas los profundos surcos, como si cortara un kebab de tierra. Cuando termina, agotado, tiene ante él una vasija larga y estrecha con extrañas protuberancias, grietas arrugadas y orificios. Un cuenco blanco. Lo coge y lo limpia, quitándole los restos de tierra y enjuagándolo con una pequeña regadera, también verde y con un aspersor rojo. Hace dos viajes para llenarla con agua sucia de lluvia que extrae de una bañera vieja y oxidada, colocada hace unos años al lado de

las fresas para que Denis pudiera chapotear en verano. Denis da la vuelta al cuenco limpio, vacío y agujereado antes de levantarlo.

Contempla con sorpresa los dos huecos. Dos cuencas oculares.

Es un cráneo.

Un cráneo humano.

Denis, que tiene cinco años, lo lleva con cuidado desde el huerto de manzanos hasta su arenal.

La Mujer, de pie con las piernas bien abiertas, se seca las manos mecánicamente en un trapo a cuadros rojos y blancos. Las manos están secas hace mucho pero ella sigue frotándose las, se las masaja durante largo rato, perdida en sus pensamientos, en retazos de recuerdos que trata de recomponer, pegar, clasificar. Deja el trapo sobre el respaldo de una silla de cocina con la pintura cuarteada, cerca del fogón. Coge un plato de porcelana blanca con adornos azules, que contrasta con su curtido rostro de campesina, coloca de forma simétrica sobre él un abanico de *knedliky*¹ y en el pocillo central echa con un cazo de metal una salsa de color marrón oscuro con tiras de carne. Lo hace con cuidado, para no manchar la blanda perfecta de los *knedliky*.

En el comedor, coloca el plato caliente ante el hombre, que ya se ha lavado la cara cansada y se ha remangado las mangas de una camisa de franela azul y blanca. El hombre come con avidez y sin hablar. La Mujer se sienta a su lado y observa el vello negro del dorso de la robusta mano con las uñas rotas, de esa querida mano que agarra rudamente una cuchara de plata. Una excavadora incansable que extrae sedimentos del plato.

La Mujer se levanta una sola vez para traer de la cocina el trapo olvidado. Ahora lo tiene sobre el regazo, lo agarra con firmeza y a cada momento se frota las manos secas, agrietadas y rojas. El hombre rebaña con el último trozo de masa esponjosa los restos de salsa, y rodea dos veces el plato hasta completar su tarea. Sólo cuando el último bocado se pierde en la garganta insaciable del hombre, la Mujer reúne el valor. Dice al hombre, que resopla satisfecho, que ha encontrado a Denis en el arenal, haciendo castillos de arena y jugando.

1. Plato típico de la cocina checa consistente en una especie de albóndigas de harina.

El hombre suelta un potente eructo y bebe un trago de cerveza de la botella empañada, aunque tiene delante un vaso fabricado especialmente para ese fin, con una inusual talla.

—Bueno, ¿y qué pasa?

La Mujer ha encontrado a Denis haciendo castillos de arena. Estaba sentado de cuclillas en medio de un montón de arena, rodeado de bultos de extrañas formas. Bultos de color amarillo oscuro con cavidades y protuberancias, parecidos a una masa que se hubiera desbordado del molde antes de terminar de cocerse. Con gesto concentrado, Denis llenaba de arena húmeda una vasija agujereada.

—Si te ha cogido algo de la cocina dale un bofetón y a la próxima llevará más cuidado.

La Mujer toma aire y continúa sin interrupción con *su* discurso. Se ha acercado al arenal; Denis estaba callado y expectante, seguramente sentía que había encontrado algo valioso. Sagrado. Un tesoro. Sólo que aún no sabía qué clase de tesoro era. La Mujer le ha arrancado de los deditos sucios esa cosa extraña y se la ha llevado al cobertizo. Denis la ha seguido callado y a disgusto, llorando tras su falda, peleándose con ella, que le ha dado un bofetón.

—Bueno, ¿y qué? ¡Por los clavos de Cristo, mujer, suéltalo ya!

—Es que no es una cosa normal. Es, es...

La Mujer siente como si le hubieran metido en la garganta todos los *knedliky* y los hubieran mezclado con un terror palpable que le quiebra la voz.

—Quiero que vayas a verlo tú.

—¡Pues tráelo p'acá!

—No puedo. Ven conmigo. Levanta, amos.

—¿Ánde?

—Al cobertizo.

El hombre se levanta a disgusto, se aprieta el cinturón apresando la grasa de los costados.

—Joder, la que estás liando por un juguete de mierda.

Es de noche.

Atravesada ahora por una luz en la que aparecen dos siluetas. Se detienen en el umbral de la puerta. Ladra el primer perro, el de los vecinos. Y después toda una jauría, una señal de alerta en *staccato* que atraviesa la aldea. El perro reconoce su error, pasa a los demás

la señal de tranquilizarse y la aldea se queda de nuevo en silencio. Sólo entonces la pareja echa a andar.

En el cobertizo no hay bombilla y el hombre abre el ojo de la linterna. Dentro hay amontonado un batiburrillo de trastos. Objetos viejos que un día podrían ser útiles, aunque de la mayoría nadie se va a acordar ya nunca. Rastrillos rotos y horcas. Una trituradora de cereal. Una laya rota en dos. Una prensa de fardos y rastrillos de mano. Una estantería con las baldas rotas. Una trona pintada. Una radio muda, destripada y rota. Una aventadora, un molino de limpiar cereal, roto. Un armario pintado y descascarillado, cuyas puertas no cierran, con la hoja derecha suelta e inclinada tristemente hacia el suelo.

Una alacena verde claro con puertas correderas de cristal y cajones rotos sin tiradores.

En la alacena descansa una caja de cartón marrón con el letrero «Elektrolux», cubierta con un viejo libro encuadernado en cuero. La Mujer le quita al hombre la linterna de la mano. Está tan fascinada por la caja de cartón, tan atemorizada, que el hombre se traga su fastidio. Ella se acerca a la caja. El hombre se tropieza con una silla tirada que tiene el asiento de mimbre rasgado.

—¡Joder, aquí nos vamos a matar por una tontería tuya!

La Mujer se detiene ante la caja. En silencio le da la linterna al hombre, en silencio levanta el libro encuadernado en cuero y lo tira al suelo. El hombre ilumina el título indescifrable grabado con letras góticas en la cubierta de cuero. La Mujer levanta ceremoniosamente un ala de la tapa de la caja y se retira. En silencio le indica al hombre que mire. Ella espera.

—Vamos, ¡míralo!

El hombre escupe.

—Ya estoy mirando, como un lerdo.

Revuelve en la caja y extrae un objeto duro y blanco. La luz ilumina una bola recosida y asimétrica. La hace girar entre sus manos y se queda de piedra: la linterna resalta los contornos de los lugares endurecidos, las protuberancias de las suturas y los dos huecos oscuros. Unas cuencas oculares. Una calavera. El hombre suelta el cráneo bruscamente.

—¡Hostia! ¡Hostia! ¡Hostia! ¿Dónde lo ha encontrao?

—Dice que lo ha sacao del jardín.

—¿De qué jardín?

—¿De cuál va a ser? ¡Del nuestro! Ahí donde empieza el huerto de manzanas. Las reinetas y las rojas.

El hombre se aclara la garganta y escupe.

—Y lo ha encontrao... jugando... ¿y sólo ha dao con esto?

—Sólo esto.

—Bueno, ¿y por qué pones esa cara, por qué me miras así? Igual, igual es uno de esos... un neandertal, ahora encuentran muchos, sale en los periódicos, no tiene por qué ser...

El hombre comprende. No es el momento adecuado para fantasear. Ellos dos no tienen por qué engañarse. La Mujer lo da a entender con su postura firme y con su voz temblorosa. Con sus ojos humedecidos. El hombre se pone constructivo.

—Hay que encontrar el resto. Tiene que decirnos dónde lo ha encontrao. Y vete inventándote un cuento p'a él.

—Está durmiendo.

—¡Pues lo despiertas!

Media hora más tarde Denis está de pie junto a la ventana en su amplia habitación del primer piso. Metido en un pliegue de la cortina. No tiene que esconderse, esos dos de allá abajo están demasiado embebidos en sus quehaceres y tranquilizados por la negrura nocturna. Pero Denis los ve. Ve al hombre y a la Mujer levantando febrilmente la tierra alrededor del lugar donde estaba *su* tesoro, arando la tierra de *su* cráneo, palpando el lecho de un ser desconocido. Y sobre ellos susurran las hojas de los manzanos, que caerán dentro de un mes, que han estado cayendo cada año y mezclándose con la tierra, tapando al durmiente y aliviándolo, descomponiéndose simultáneamente hasta que Denis ha descubierto su lecho. Tenía que ser Denis; estaba esperándolo. El hombre y la Mujer extraen listones deformados, una vara blanca y un cesto con una forma especial. Entonces la Mujer se tambalea, se apoya en el tronco del manzano y vomita.

Denis observa, su rebeldía crece. Esos juguetes le pertenecían a *él*, *él* tenía que haberlos descubierto. Uno tras otro. Ellos se los han robado. Esos juguetes son *suyos*. Mañana los va a coger otra vez. Denis está cansado, los párpados se le cierran, no aguanta de pie. Alcanza la cama a pequeños pasos, coloca a su lado su osito de peluche, se tapa. Antes de quedarse dormido, se imagina con alegría

que junto a él está el juguete blanco que ha encontrado y que en sus cuencas brillan los multicolores fuegos artificiales de los cuentos de hadas.

Durante mucho tiempo ese juguete no abandona sus pensamientos infantiles. Hasta que dos años más tarde, el nacimiento de su hermana Nataša lo tapa y lo entierra definitivamente. Entonces comienza a fascinarle la fragilidad y la belleza del cuerpo humano *vivo*.

Primer regreso (verano de 1945)

UNA GÉLIDA CORTEZA

Desde que he regresado de *allí* vivo como si me hallara bajo una gruesa capa de hielo sobre la que los demás resbalan ávidamente, con las mejillas encendidas de emoción. Muy por debajo del hielo. Invisible. Solitaria. Intuida. Impotente. Condenada a esperar a ver quién hace el último gesto, pone el punto final a una mala frase, pisa la delgada pajita por la que respiro. Soldada a esta gélida corteza.

Vuelvo a casa con la sensación equivocada de que esto es aún mi hogar. Hace un calor abrasador. Evito incluso los caminos polvorientos. Por un instinto de supervivencia que ya no puedo justificar fácilmente. Ahora ya puedo ir por el medio, caminar por las carreteras agrietadas por el calor como los demás. Ya no tengo que tener miedo. La guerra ha terminado.

Pero por si acaso, me agarro a mi miedo.

Adivino la torre erguida de la iglesia, el rojo de los tejados apiñados y la larga hilera serpenteante del palacio y los edificios de nuestra hacienda. Me arrastro sobre zanjas, me dejo curtir las piernas por las urticantes ortigas, con esas verdes sierras; *aserrín, aserrán, las campanas de san Juan*, eso solíamos cantar, con nuestras manos infantiles entrelazadas con los delgados brazos de mi madre. En sus puños, unas abultadas venas azules que no podía ocultar; todavía no se ha inventado ningún preparado cosmético para cubrir las tuberías palpitantes del cuerpo. Al anoecer sus manos brillaban con una pátina olorosa y por la noche descansaban masajeadas con una crema especial.

Descansaban incluso durante el día.

Me tiemblan las rodillas.

Me caigo sobre la hierba agostada y seca. Bajo el sol, que me palpa desde lo alto del cielo. Infaliblemente. Y vierte un chorro de

agujas calientes sobre la blancura descubierta de mis brazos y piernas. Soy una diana fácil. Cada uno busca su diana. Y la encuentra. Siempre hay alguien un escalón por debajo, más indefenso.

Más expuesto.

Observo de cerca la tierra en movimiento. Desde la altura hay tranquilidad. Inmovilidad. Bajo la lupa, un pánico nervioso. Insectos. Hormigas. Escarabajos. Grillos. Cochinillas. Mariquitas. Saltamontes. Y arañas que huyen. Mientras el sol abrasador me derrite desde arriba, ellos evitan ese reguero de gotas frío y salado que no sé cómo detener. Mato bichos con un aguacero salado, los ahogo en mi tristeza, una tristeza dolorosamente impotente. Ya nada será como antes. Nunca volveré a acariciar *su* piel. Esa piel que protegía sus cuerpos vivos. Nunca vamos a estar juntos. Y aunque lo estuviéramos... dónde dejaríamos este pasado inmediato, cómo nos desenterraríamos y escapariamos del hoyo. Ese hoyo en el que cayó mi familia. Mi infancia. Tantas cosas han quedado allí atrapadas... Ya no están, sí, ya no están.

Queda la hacienda. Paredes tras las que me escondo y escudo, tras las que me desmorono hacia el suelo para después erguirme sobre mis piernas, paredes tras las que me fortalezco con recuerdos felices. Paredes tras las que me escondo y escudo, tras las que... La tierra se resquebraja. Balanceo la cabeza atrás y adelante. Con mi peso aplasto y machaco una hormiga que salía huyendo. Extiendo los restos de su cuerpo por mi frente: mi símbolo de muerte. Con los dedos agarro la hierba, la arranco a manojos. Hasta que se extinga esta necesidad de gritar y aullar, y de arañarme los antebrazos, de clavarme las uñas profundamente en la piel y no aflojar la presión, de abrir los brazos y golpear con todas mis fuerzas un clavo desnudo, de apretar en la mano un vaso hasta hacer añicos el cristal. Arranco hierba inocente. Y tréboles. Y manzanilla. Y orégano. Hasta cansarme, hasta desplomarme de agotamiento.

La lava solar me ciega. Estoy tendida sobre el costado izquierdo. Hecha un ovillo. Con las rodillas bajo el mentón. Como un feto en el vientre materno. Tal vez haya dormitado unos minutos. Tal vez me haya desmayado. El sol quema y abrasa mi mejilla derecha. La izquierda se ha enfriado con las lágrimas que se han evaporado. Me levanto. Todo me duele como si me hubieran apaleado. Me arreglo la blusa y la falda. Me quito de la ropa con vehemencia todas las

briznas de hierba. Me palpo el borde de la falda y meto el dedo bajo el dobladillo, por donde se ha desgarrado. Como si fuera un dedal. Y lo mojo con saliva. Tengo la garganta seca. Con la uña envuelta en la tela húmeda me froto de la frente los restos rojizos del cuerpo de la hormiga. La falda se da la vuelta y se levanta, forma un cucurucho a mi alrededor. Estoy en una trinchera, de cintura para arriba. Vuelvo a mojar me el dedo con saliva. Le doy la vuelta al cucurucho y me agacho para frotarme los polvorientos zapatos de hebilla que me puso en Praga la asustada tía Otlá. Quería venir conmigo. Me escapé de ella, me enfadé. Me vuelvo a casa sola. Ya soy adulta.

Contemplo la hierba verde brillante del ribazo con rojas cerezas podridas sobre las que se abalanza una nube de avispas e intento no vomitar.

La aldea parece estar desierta. Nadie sale de las blancas casas como había soñado. Nadie me da la bienvenida, nadie me abraza, nadie me compadece. Nadie me pone delante un plato de comida. Estoy ofuscada por el terror: tal vez no haya sobrevivido nadie...

O quizá a nadie le interese esta criatura con la cabeza rapada, porque no va de la mano de su padre. Ese hombre respetable con sombrero no camina balanceándose junto a esta muchacha. Un hombre que despertaba admiración cuando bajo el ruido ensordecedor del motor atravesaba la aldea en su larga motocicleta. «Una auténtica *čechie-Böhmerwald*», explicaba entusiasmado y con orgullo ante las miradas curiosas de los hombres. Les dejaba tocar al monstruo, montarse, dar una vuelta al palacio. Uno tras otro...

Incluso llevó personalmente al sorprendido señor Klein, el barbero, que temblaba con la navaja en la mano en una posición petrificada de complaciente respeto. Ese monstruo rugiente me asustaba, un modelo de viaje que podía llevar, además del conductor, a dos pasajeros. Cuando mamá se bajó, después del primer viaje, se apoyó en la mano de papá para mantener el equilibrio. La cabeza le daba vueltas. Se asustó de las manchas de aceite en su vestido nuevo de color crema, hecho a medida, y le susurraba con enfado a la oreja de papá: «No quiero acabar como Isadora Duncan». Desde ese día, para disgusto de mi padre, nunca más se montó en ese milagroso modelo. Yo sí. Entonces salían a verme, entonces se inclina-

ban, entonces saludaban. Sonreían y saludaban. Tal vez sólo sonreían. Ese monstruo me asustaba, pero cómo desearía hoy escuchar a mis espaldas su estruendo ensordecedor y apartarme de él. Y ver una mancha de aceite en el vestido color crema de mi madre.

Alguien me ha colocado en el cerebro una fotografía que se ha quedado fija. Dos figuras adultas a ambos lados de la motocicleta. Mamá con su vestido de encaje de color crema y con un sombrero que se sujeta con la mano derecha. Mi padre con un traje negro, las piernas abiertas, una mano apoyada en la motocicleta y la otra descansando con gesto presumido en el costado. En el largo asiento, como en un escenario, con las piernas cruzadas, con medias blancas, mis hermanos. Rozálie. Adolf. Y en medio yo, con un vestido azul de terciopelo sin abotonar del todo, que me había puesto con prisas antes de la foto. Adolfito hacía muecas.

–*Wie hatte sich die Schwester denn so schnell angezogen?*¹

Hasta llevo un gran lazo en el pelo.

–Se te ha posado una mariposa en el pelo –dijo mamá mientras me lo arreglaba–, así que le vamos a ahuecar un poco las alas.

Me detengo en el huerto de manzanos. En nuestro huerto de manzanos.

Estoy en casa.

El corazón me late desbocado en el pecho; el calor es agobiante y yo no puedo controlar mis temblores. En cada centímetro cuadrado siento la caricia de mis seres queridos. La caricia de la vida que he vivido. Ahora ya sólo contemplo la vida. Pero ya encontraré la manera de sobrevivirla.

Tengo que recomponerme, controlar mis párpados que se cierran. Y no desmoronarme ante la meta, como hace una hora, allí, en una pradera solitaria junto a una zanja con cerezos retorcidos. Todo va a ir bien, estoy a salvo, como un animal en su guarida. Con tierna rapidez acaricio las hojas de los manzanos, las ramas, las tablas del cenador, atravieso el patio empedrado con adoquines brillantes. Llego hasta la puerta tallada y decorada con hierro forjado. Con un adorno de dos serpientes entrelazadas que diseñó mamá. Y que construyó el joven ayudante del herrero, Ladislav Stolař.

1. ¿Cómo se ha vestido mi hermana tan deprisa?

Con los dedos encallecidos por el frío agarro la curva metálica de la manilla negra y cubro el dibujo de las serpientes. Empujo con todo el peso de mi cuerpo. Está abierto.

Entro.

El golpe despiadado de la esperanza me alcanza justo entre los ojos. En un perchero de la entrada está colgado el sombrero de papá, sigue allí colgado, no le dio tiempo a ponérselo *entonces*, a pesar de que nunca salía de casa sin cubrirse la cabeza. Nunca. No le dio tiempo a ponérselo *entonces*, cuando se lo llevó la Gestapo. Nosotros mirábamos sorprendidos cómo se metía en el remolque de un pequeño camión, en el que ya estaban sentados otros. Se apartaron para hacerle sitio. Sorprendidos seguíamos con la mirada a mamá, a la que admirábamos perplejos. No lloraba, no se enfadaba, no sucumbía al pánico. «Se lo dije al muy tonto: nos quedaremos un tiempo con los nuestros en Praga, en el interior, y después ya se verá.»

Creía que papá iba a volver. Que era un error. Y sobre todo le dolió que no montaran a papá en un coche para él solo, que tuviera que ir en un camión destartalado con los demás. Y que le arrancaran brutalmente el brazaletes, que se había colocado de forma apresurada.

Nunca volví a verlo. Nunca.

Ahora puedo acariciar su sombrero.

SOPA CALIENTE DE LENTEJAS

La puerta de la derecha lleva al comedor y a la cocina. Siento un hormigueo. Como cuando mamá me recorría la espalda tamborileando con los dedos por toda la columna. De arriba abajo. De abajo arriba.

—Siéntate derecha y no te encojas, te va a salir joroba.

Mi hermana mayor me guiñaba un ojo conspirador: «Aguanta, yo también pasé por eso». Mi hermano se reía por lo bajo: «Con ésta sólo valen unas buenas azotainas, a los mimados hay que darles grasa».

Agarro la segunda manilla de mi casa.

Estoy dispuesta a abrir la puerta.

Con la última esperanza, esa última e insoportable esperanza de que estén todos sentados a la mesa. Que estén esperando a la que

llega tarde. La que se alejó, se cayó a un hoyo negro y logró salir. Y ahora, con las manos desolladas, regresa al mundo que por un tiempo ha estado cubierto por una pesadilla distorsionada. Entreabro la puerta, me voy a sentar derecha, a partir de ahora siempre me voy a sentar derecha a la mesa, como una tabla, voy a sentarme derecha, mamá, lo prometo, lo prometo, sólo quiero que estés aquí, he vuelto diferente, casi soy adulta, no, soy adulta, las palabras infantiles rodaron y se perdieron, la piel se ha arrugado, por favor te lo pido, Dios mío, por favor, que estéis aquí, que estéis sentados riéndoos, que os riais y os agitéis, que os carcajeéis como locos, que os caigáis al suelo de la risa agarrándoos la barriga. Cómo me habéis tomado el pelo. Pero he aguantado ese juego cruel. Y estamos vivos. Estamos vivos.

Antes de abrir la puerta del pasillo cuento hasta siete. Mi número de la suerte.

En el comedor hay alguien de verdad.

Suspiro con alivio, tengo ganas de correr, esconderme entre unos pechos de mujer. Pero algo me atenaza las piernas. Precaución. Un instinto cultivado. No detecto olores conocidos.

Alguien está allí. Pero no es mi madre. Ni nuestra cocinera. Ni mi hermana.

Es una Mujer desconocida.

Una Mujer joven, asustada, con el vientre abultado. Lleva un delantal. Con nuestro cucharón sirve a un hombre sentado una sopa caliente de lentejas, engordada con alubias y arroz. En un plato hondo con una flor. En un plato de nuestra vajilla blanca con motivos azules. Con un motivo que diseñó mi madre para una fábrica de porcelana de Viena.

Los tres nos quedamos inmóviles.

El hombre se limpia la boca, nervioso, con el dorso de la mano.

—¿Qué quieres? ¿Es que no sabes llamar a la puerta?

—¿Llamar? Y ¿por qué?

Ya estoy otra vez a punto de echarme a llorar. Me trago el llanto, las lágrimas que se amontonan en la línea de salida, y las cuerdas vocales se anticipan a ellas.

—Yo vivo aquí. Soy Gita. Gita Lauschmannová. Mi padre se compró la primera motocicleta de la región y solía sentarse en ese sillón de piel que está detrás de usted, en el rincón.

Qué tonterías estoy diciendo. Pero mejor hablar que dejar paso al llanto.

Se estremecen. No hay alegría, ni risas ni gritos. Nada. Nada de correr hacia la mesa y poner un segundo plato lleno para mi estómago rugiente. Nada.

Estoy cansada, excitada, tensa. Quiero acabar con esto cuanto antes. Tumbarme en mi cama, meterme bajo las sábanas. Tengo ganas de gritar, tengo ganas de chillar con los dedos extendidos. ¡Yo soy Gita Lauschmannová! Hija de un hombre al que se lo llevó el viento. Dicen que antes de encaminarse al balneario de gas, se levantó su imaginario sombrero y dejó pasar a un hombre anciano: «Después de usted, caballero».

¡Yo soy Gita Lauschmannová! Hija de una madre culta y educada en una gran ciudad, impregnada con el aroma de los cafés europeos, que se acostumbró con dificultad a este lugar. Y por eso mi padre le construyó esta mansión alargada. Un edificio ostentoso al que en la aldea, con turbadora envidia, llamaban palacete. ¡Yo soy Gita Lauschmannová! Hija de un hombre trabajador, que daba empleo y mantenía a casi todos los sucios vagabundos de los alrededores. Así que ¿qué hacéis vosotros, criados, con vuestros culos sudorosos en nuestras sillas? ¿Qué libertades os tomáis? Soy Gita Lauschmannová. Recoged vuestros trastos y largaos.

Pero no digo nada. Grito por dentro. Regreso de *allí* empapada en una vergüenza que duda de cualquier derecho. Derecho a lo que sea.

Incluso al aire que respiro.

–Bueno, ¿y qué?

El hombre es el primero en recobrar la compostura.

– Yo... soy Gita Lauschmannová. Ésta es nuestra casa. He vuelto.

Tengo que huir. Lo sé; estoy entrenada. Olfateo el peligro. Lo sé en el momento en que el hombre se levanta bruscamente. Tan bruscamente que la superficie de la densa sopa marrón comienza a ondularse y salpica nuestro blanquísimo mantel bordado a mano. Lo sé en el momento en que la Mujer se pone pálida y como en un trance devuelve el cucharón a la sopera inmaculada con relieves modernistas y da un grito.

–¡No, ni hablar!

El hombre me mide con la mirada y habla a la Mujer.

—Es increíble. Así que estos mocosos no van a dejarnos tranquilos, ¿eh?

Me han confundido con otra. La masa de la sopa que ha quedado dentro se balancea, se asienta en el fondo del plato, vuelve a su cauce. Del cuenco redondeado se eleva el vapor. La mano del hombre es fuerte, cubierta de vello negro, podría agarrarme del pelo que me está creciendo, arrancármelo, meterme la cabeza en un balde con barro caliente. Como si fuera una letrina. Me marchó, paso junto al sombrero de papá, corro a través de la puerta de madera hacia otros edificios de la hacienda, busco instintivamente el escondite más seguro, calculo las posibilidades. Instinto de supervivencia. Adiestrado *allí*.

Entro de golpe en el cobertizo, me escondo de ese puré marrón de lentejas recocidas. Entro volando en el destartalado cobertizo, donde jugábamos de niños. Me escondo en el cobertizo decrepito, que papá quería echar abajo. En su lugar planeaba construir un espléndido museo. Me siento en cuclillas. Este odioso temblor. La cabeza me da vueltas; la apoyo en las rodillas. En el suelo aplastado se tensa una oruga peluda. Se encoge un poco más allá. Y de nuevo se tensa. No cesa en el empeño.

¿Qué diantres pasa? ¿Por qué y de quién me escondo? ¿De un trozo de comida en las manos equivocadas? ¿Me habré confundido de pueblo? Me quedaré hasta pensar algo. Hasta que este zumbido en mi cabeza se apague. El corazón se resiste a acomodarse a su ritmo, querría abrirse camino, atravesar retumbando el pecho y salir.

LA TAPA DE LA OLLA

Levanto la cabeza encajada entre las piernas. Sobre todo respirar, respirar. Ante mis ojos hay decenas de orugas negras y peludas combadas. Y destellos de fotografías inmóviles. Fotografías grabadas en el cerebro. El primer destello de una cámara de fotos: Rozálie, cubierta de bordados, sentada en una trona de madera con respaldo redondo. Del pastel sobresale una roja vela solitaria clavada en la masa blanda y dulce. Esa trona la hizo papá. Para el cumpleaños de Rozálie... La pintó de blanco, con un esmalte denso. Montó

el respaldo, ablandado por el cojín azul de lana de mamá, lo sujetó con unos cordones rojos. Y en la tabla pintaron un oso marrón con unos ojos enormes.

Ese oso de ojos azules me aterraba hasta que aprendí a pringarlo con restos de comida. Una corriente interminable de destellos. A Rozálie ya le han puesto dos velas. Y tres. Entonces llega la hora de que Adolf corte el pastel; el cuerpo de Rozálie ya no pasa por la abertura de la trona. Después el oso asustó a Adolf. Hasta que el cuerpo de mi hermano se hinchó y el trono del oso pasó a un comilón más joven: yo.

Mi primera hendidura en el centro del pastel, que mamá había adornado con dulces virutas de chocolate. En alguna parte de mi memoria permanece escondida la sensación lujuriosa de aporrear con las manos la crema blanda, apretar entre los dedos esa masa resbaladiza, intentar llevarme a la boca ese deleite de chocolate. Siento un dulce entumecimiento en el paladar.

Nos pasamos la infancia sentados en esa sillita cebadora, como la llamaba entre risitas la matrona, la señora Drbavá. Frente a una mesita para comer con un oso mirón que no permitía hacer trampas. «El oso vigila a ver si te comes todo; luego le preguntaré y él me lo contará.» «Oso chivato –dijo con una mueca Adolf–, oso soplón, oso delator, oso informante.»

Un nuevo destello del álbum familiar. Estoy sentada de cuclillas en el sucio cobertizo. La silla está arrumbada en un rincón, en una estantería baja con las baldas rotas. Tirada. Nuestra trona blanca algo descascarillada. Venzo el deseo de ponerla de pie en el suelo. Meterme dentro de ella. Ahora, con este cuerpo tan flaco, podría pasar por el agujero. Venzo el deseo de recordar el tiempo pasado. Huir hacia él. Balancear las piernas desde lo alto, arañar los redondos ojos del oso.

Miedo de las alucinaciones; tal vez en el aire ondea el espectro del oso. Sobre la trona plegada caen restos de luz opaca de la tarde; un rayo se ha abierto paso desde lo alto, ha buscado una grieta en el tejado agujereado. Palpa la trona incrédulo como yo, se clava en el ojo del oso, acaricia la silla con sus últimas fuerzas antes de desvanecerse, antes de que el crepúsculo eche sobre él un manto de oscuridad que ya no pueda atravesar.

Agarrar las patas delgadas de la silla con la pintura cuarteada, asirme con todas mis fuerzas. Es la prueba de que estoy en casa. La

prueba de que no estoy loca. La prueba de que pertenezco a este lugar. Como una tapa pertenece a su olla.

Un grito atraviesa el álbum de fotos de mi cabeza. Y unos pesados pasos. Un griterío inusual. Un bullicio inusual. Nuestro pueblo solía ser muy tranquilo. Cuando comíamos en la mesa redonda se oía cada sorbo como si fuera un fuerte chapoteo. Se podía oír hasta el silbido de la cuchara al cruzar el aire. Entonces me doy cuenta de que los pensamientos se agrupan, se funden para darme la bienvenida. Se ponen en fila con flores en el pelo. Vacilan porque tienen miedo, miedo de haberme ofendido.

Me abrazo el cuerpo, recojo mis pensamientos. No había necesidad de dejarse llevar por el pánico. Seguro que esas dos personas cuidan de nuestra casa, la defienden de los ladrones. Yo he aparecido como un fantasma y he huido precipitadamente.

Me avergüenzo. He salido corriendo porque las palabras se me han hecho un nudo en la garganta. He visto la mano de la Mujer agarrando con fuerza el brillante mango metálico del cucharón. Como tantas veces hacía la cocinera, o mamá cuando servía. He visto los labios grasientos del hombre, entre los que se ha quedado metida la cuchara de plata, ésa con la que comía y sorbía mi padre, con la que bebía mi hermana y tragaba mi hermano. La cuchara ante la que yo ponía cara de disgusto. «No te entretengas y come como una señorita.»

Me aliso la falda sobre los muslos. Me meto la blusa arrugada por la cinturilla. Miro a mi alrededor, reclino la cabeza sobre el hombro derecho. En mi imaginación despliego la trona y la pongo en pie. La miro y extraigo fuerzas de ella. Me levanto, inspiro y abro con gesto orgulloso la puerta oxidada. Estoy en mi casa. Salgo con un alivio liberador. Y entonces una enorme zarpa de hombre me tira al suelo.

Inmediatamente, la mejilla golpeada se enciende de dolor.